

# Pável Filátiev

## Zov

El soldado ruso que ha dicho  
no a la guerra  
de Ucrania



Galaxia Gutenberg

---

PÁVEL FILÁTIEV

Zov

El soldado ruso que ha dicho  
no a la guerra de Ucrania

Traducción de  
Andrei Kozinets

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Zov*  
Traducción del ruso: Andrei Kozinets Kozinets

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2023

© Pavel Filatyev, 2023  
© de la traducción: Andrei Kozinets, 2023  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 36-2023  
ISBN: 978-84-19392-49-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

En el momento en que escribo esto, ha pasado un mes y medio desde que volví de la guerra de Ucrania. De acuerdo, de acuerdo, ya lo sé, no se puede decir *guerra*, esta palabra está prohibida en Rusia. Sin embargo yo diré justo eso: *guerra*. Creedme, tengo treinta y tres años y llevo toda la vida diciendo solo la verdad, aunque eso me perjudique; así soy de incorregible, y no puedo hacer nada al respecto.

Así pues, esto es una guerra: nuestro Ejército, el ruso, dispara contra el Ejército ucraniano, que a su vez responde disparando. Allí explotan obuses y misiles. ¿Habéis oído alguna vez el sonido de un obús que se acerca volando? Si no lo habéis oído, es una pena. La sensación que provoca es inolvidable: el aire vibra y silba, haciendo que se te revuelvan las tripas y, sencillamente, se te corta la respiración. Acto seguido, si eres afortunado, oyes la detonación y piensas que ese día estás de suerte, siempre y cuando sientas, además, que la onda expansiva no te ha arrancado ninguna parte del cuerpo o que ningún fragmento de metralla ha impactado en ti. Y si algo no ha ido bien, entonces no es tu día, mala suerte. En pocas palabras, menuda faena...

Por si esto fuera poco, mueren militares de ambos bandos, así como los civiles que *tuvieron la mala suerte* de residir allí donde se decidió desencadenar una guerra, llamándola *operación especial*.

Ah, sí, además no hay que perder de vista todo aquello que es inherente a la guerra: el hambre, las enfermedades, las noches sin dormir, la falta de higiene y un exceso constante de adrenalina

que consume los recursos de tu organismo, pero que, momentáneamente, te proporciona vigor, rapidez y reflejos. Tan solo después, una vez que has vuelto del campo de batalla, te sientes como un limón exprimido y te das cuenta de que tu salud ya no es la de antes en absoluto.

También sientes la carga de la conciencia moral que oprime tu corazón y tu alma –si es que las tienes, por supuesto– porque, inevitablemente, te preguntas para qué lo haces y en nombre de qué. ¿Para qué arriesgas tu vida y malogras tu salud? ¿Para qué ensucias tu karma que, tal vez, no es de lo más puro?

A continuación explicaré cómo fui testigo de esa guerra y cómo, en general, fui a parar allí. Estoy al tanto de la responsabilidad penal por revelar y difundir información sobre mi servicio, pero ocultarla contribuiría a aumentar todavía más las pérdidas humanas.

---

24 DE FEBRERO, 00.00 HORAS

*La marcha duró poco, atravesamos unos campos. Durante la noche había llovido, el camino estaba enfangado. Me desperté, tal vez a las dos de la madrugada. La columna, de varias filas, estaba formada en algún lugar perdido de la mano de Dios, a lo largo de la vía férrea, con los motores y las luces apagados. Se nos dio la orden de colocarnos unas bandas de tela blanca, para distinguimos del enemigo, en el brazo izquierdo y la pierna derecha; para tal fin se empezaron a distribuir unos rollos de cinta, aparecidos de repente de no se sabe dónde.*

*Cuando partimos del campo de maniobras, el 19 de febrero, habían pintado sobre los vehículos una raya blanca en diagonal. La noche del 23 de febrero, en la salida, se les ordenó a los conductores añadir otra raya, y así se formó una marca de «visto», una «V». Ahora, apostados en la oscuridad total en algún punto junto a las vías, enrollándonos los brazos y las piernas con la cinta, los conductores habían recibido el aviso de seguir trazando rayas. Así apareció una «Z».*

*Mientras esperábamos, intercambiando frases y fumando junto a los vehículos alineados de forma compacta, los hombres del vehículo vecino, que remolcaba una pieza de artillería, se pusieron a tratar de convencerme de que me uniera a ellos, ya que solo eran tres en vez de cinco, la cantidad reglamentaria para una dotación. En esas, en medio de la oscuridad, se acercó su jefe de pelotón, un teniente joven, que me dijo*

que, verdaderamente, les faltaban manos: «Anda, ven con nosotros».

Les hice caso: cogí mi ametralladora RP y el casco, y me fui a su camión URAL, pensando que tal vez allí sería útil, aunque, de todos modos, no entendía nada de morteros. Después de cargar la mochila y el casco en la caja del camión, empecé a trepar por la cubierta sin abatir, a oscuras. En el momento de sobrepasar la cubierta, me enganché con los cargadores que llevaba en el chaleco antibalas; el pantalón me impidió alzar la pierna lo imprescindible y me quedé medio colgado de la cubierta, con el chaleco enganchado a ella. Finalmente, me dejé caer cabeza abajo dentro de la caja y, al instante, grité de dolor. En la oscuridad, mi ojo pareció chispear...

Sin entender bien qué había pasado, ya dentro de la caja, me llevo la mano al ojo derecho y lo noto algo mojado y muy dolorido... Alrededor todo es oscuridad; alguien intenta encender un mechero para iluminarme la cara. Me quito la mano del ojo y trato de averiguar si veo con ambos ojos o solo con uno. El que me ilumina la cara suelta: «¡Joder!».

Enseguida le pregunto si tengo el ojo en su sitio. Sin dejar de iluminarme la cara, me dice: «¡Quita las manos, que no lo veo!».

Reparo en las manchas de sangre sobre mi mano y noto algo caliente fluir, deslizándose por mi rostro. Resulta que el ojo está entero, pero me he desgarrado ambos párpados. Al examinar la caja del camión a la tenue luz del mechero, caigo en la cuenta de que me he dado en el ojo con el asa de un termo para el rancho propiedad del Ejército. Le doy una patada al termo con rabia. Me vuelvo y veo a un chico joven, el que dispara el mortero. El camión está atestado de cajas con proyectiles; veo el mortero, el trípode, el visor. Así que habrá que viajar de esa manera, sobre las cajas. Me puse a cavilar sobre qué necesidad tenía de estar allí, a mis treinta y tres años: ¿acaso no había tenido suficiente con mis aventuras en el Cáucaso? Mejor habría sido quedarme en mi compañía, con la boca cerrada; menos mal que no he perdido el ojo. El chico joven y yo nos presentamos, fumamos un cigarrillo y nos volvemos a dormir...

---

En abril fui evacuado del frente de Nikoláyev por una queratoconjuntivitis. De resultas de un bombardeo contra nuestra posición, un trozo de tierra cayó volando en la trinchera y se metió en el ojo: nada agradable, pero, en definitiva, era una tontería, se puede decir que tuve suerte. Se me inflamaron ambos ojos, uno se cerró y, al cabo de unos días, el sanitario dijo que debía ser evacuado, puesto que corría el riesgo de perder el ojo si no me lo curaban. Me llevaron a la unidad médica que se encontraba en la ya entonces ocupada Jersón, y de allí fui evacuado a Sebastopol.

Los sentimientos que experimentas mientras abandonas el campo de batalla son indescriptibles...

Dos meses de mugre, hambre, frío, sudor y la sensación de la proximidad de la muerte en todo momento. Es una lástima que no permitan a los reporteros ir a la primera línea del frente, donde nos encontramos nosotros, privando así a todo un país de la posibilidad de admirar a los paracaidistas: estamos allí sin lavar ni afeitarse, mugrientos, demacrados y furiosos. Es difícil saber con quién estamos más enfadados, si con los tercios ucranianos que no acceden a *desnazificarse*, o con nuestro propio mando incompetente, que ni siquiera es capaz de organizar el abastecimiento de las tropas en medio de una guerra. La mitad de mis compañeros cambiaban su equipo por uno ucraniano porque este era más cómodo y de mejor calidad, o porque el suyo propio estaba gastado a más no poder. Resulta que nuestro gran país es incapaz de vestir, equipar y alimentar a su propio Ejército. Yo



mismo, por ejemplo, desde el principio carecía del equipo de combate Ratnik<sup>1</sup> y crucé la frontera sin tener siquiera un saco de dormir. Una semana después, mis compañeros me consiguieron uno viejo –que conste que no fue gracias al mando–, con la cremallera rota. No exagero si digo que estaba encantado con él. Dormir en el suelo en invierno dentro de un saco raído en la primera línea del frente era toda una experiencia (en marzo, en Ucrania, las temperaturas son gélidas). En resumen, mediado el mes de marzo, empecé a tener dolores en la espalda y en las piernas; durante bastante tiempo creí que se trataba de dolores musculares y articulares, y aguanté como un idiota, cojeando y achacando mis dolencias al hecho de que casi no nos quitábamos el casco ni el chaleco antibalas. Posteriormente, sin embargo, me enteré de que el haber dormido sobre el suelo congelado, la falta de agua y de comida, junto con el exceso de esfuerzo físico, me habían provocado una osteocondritis general en la columna vertebral, una hernia cervical, una hernia secuestrada en la región lumbar y unos dolores de origen desconocido en las articulaciones de las piernas.

Así pues, la evacuación. Después de pasar dos meses en el frente, ¡pam!, te sacan de allí, y lo que sientes es, a la vez, la alegría de haberte librado de aquella mierda y la pena porque tus compañeros sigan allí, con un futuro incierto. Es decir, el sentimiento de dicha por uno mismo se mezcla con el de culpa para con los camaradas que se quedan mientras tú te vas.

Viajamos a bordo de un autobús PAZ: el conductor y veinte personas heridas, sucias, extenuadas, con el uniforme manchado de sangre; los rostros de los gravemente heridos irradiaban tristeza y dolor, mientras que quienes habían salido por su propio pie se alegraban de estar, por fin, a salvo. Como yo no estaba herido, sino que era una baja por enfermedad, viajé sentado

1. Equipo personal de combate que incluye el chaleco antibalas, el casco y un sistema de comunicación por radio. (*Esta y el resto de las notas a partir de ahora, salvo la que se indica como nota del autor: N. del T.*)

sobre el escalón de la puerta (no había sitio para todos, y muchos de los que iban en el bus habían tenido menos suerte que yo). El viaje iba a durar entre cinco y seis horas, no lo recuerdo con exactitud; justamente entonces me relajé y empecé a reflexionar acerca de los dos últimos meses de mi vida, sobre su significado, sobre si era necesario haber estado allí, sobre si mis acciones habían sido buenas o malas, cuál era el sentido de mi participación y qué había hecho, en general, para ir a parar a aquella guerra. Desde entonces y hasta ahora, en mi interior no cesa ese monólogo, que consiste en un cóctel compuesto de consideraciones de orden moral, sentimientos patrióticos y razones de sentido común.

Si me guiara por los estereotipos, razonaría al respecto que soy militar, paracaidista, que estoy obligado a cumplir órdenes y que no tengo derecho a acobardarme y a negarme a ir a la guerra cuando esta ha empezado. Según ese orden de cosas, mi deber es servir a mi país y defender al pueblo ruso. No obstante, mi sentido común reacciona enseguida, planteando objeciones a mis razonamientos y preguntas incómodas.

«¿Estaba Rusia amenazada por Ucrania?»

En mi entorno, todos argumentan, justificando la invasión de Ucrania, que esta tenía la intención de entrar en la OTAN. No obstante, ¿acaso hemos atacado militarmente a los países de su órbita? Letonia, Lituania, Estonia y Polonia son miembros de la OTAN. Ahora es Finlandia la que se postula para sumarse a ella. No hace mucho, un avión ruso fue abatido sobre territorio turco, y lo olvidamos rapidito; tenemos una disputa territorial con Japón por las islas Kuriles. Qué diablos, tenemos frontera con Estados Unidos al este. Pero todo eso, por alguna razón, no ha servido de excusa para empezar una guerra. La verdad es que no hemos atacado hasta la fecha a esos países, ¿o es que es, simplemente, una cuestión de tiempo?

Resulta, pues, que esa no es la verdadera razón.

«¿Si no hubiésemos atacado Ucrania, esta nos habría atacado a nosotros?»

Muchos, haciéndose eco de lo que dice la televisión, afirman que lanzamos un ataque preventivo, pero ¿cómo es posible creer que Ucrania habría atacado Rusia o Crimea, cuando el Ejército ucraniano ni siquiera ha podido proteger las fronteras de su propio territorio? Ahora mismo, los ucranianos están combatiendo una guerra defensiva, sufriendo enormes bajas. Cualquiera sabe que es más fácil combatir defendiéndose que atacando. ¿Cómo, entonces, podía haber atacado un país que se defiende a duras penas, cediendo, aunque despacio, su territorio? Y, en caso de que la amenaza ucraniana fuese real, ¿no habría sido más acertado que nuestro Ejército simplemente reforzara la frontera con Ucrania y, si esta atacara, hiciera frente al invasor desde una posición de defensa, destruyendo su potencial ofensivo y pasando al contraataque? De ese modo, nuestras bajas habrían sido mucho menos numerosas y la opinión pública mundial no habría podido acusar a Rusia de agresión, *definiéndolo* como invasor y ocupante. No parece que sea verdad que Ucrania tuviera intención de atacar a Rusia.

«¿Ha subyugado el nazismo a Ucrania menoscabando los derechos de la parte rusoparlante de su población?»

Yo he hablado con gente que vivía en Ucrania antes de la guerra y, por extraño que parezca, ninguna pudo recordar ni un caso concreto de discriminación o maltrato por el hecho de llevar un apellido ruso o porque no supieran hablar ucraniano. De hecho, en todos los países del mundo se dan casos aislados de conflictos cotidianos con trasfondo étnico.

«¿Atacamos Ucrania para salvaguardar la DNR y la LNR?»<sup>1</sup>

¿Qué son la DNR y la LNR? *De facto* y *de jure*, son dos territorios que formaban parte del Estado ucraniano y que luego se alzaron en armas buscando independizarse. ¿No sería lo mismo que si Karelia decidiera pasar a formar parte de Finlandia; la región de Smolensk, de Lituania; la de Rostov, de Ucrania; Yakutia,

1. DNR y LNR son los acrónimos en ruso de las repúblicas separatistas de Donetsk y Lugansk, respectivamente.

de Estados Unidos, y Jabárovsk, de China? ¿Acaso no sería lo mismo? ¿Por qué razón defendemos la DNR y la LNR? ¿Acaso ha mejorado la vida de la gente corriente en Donbás gracias a ello? Aparte, en la Federación de Rusia jamás habríamos tolerado algo así, como en su momento no accedimos a la independencia de Chechenia, pagando por ello con miles de vidas humanas. ¿Por qué razón entonces lo toleramos en un país vecino? Además, a pesar del apoyo del Gobierno ruso, la élite gobernante de la DNR y la LNR no proporcionó a sus ciudadanos garantías sociales ni seguridad, por lo que la gente tuvo que huir en masa a Rusia, Crimea y Ucrania. En mis conversaciones con personas huidas de la guerra de Donbás jamás oí mencionar actitudes nazis de las que se quejan a voz en grito nuestros medios de comunicación. Todas y cada una de aquellas personas, más bien, afirmaban que habían huido de la guerra y que lo que querían era, ni más ni menos, vivir y trabajar en paz. Si realmente quisiéramos ayudar por todos los medios a la gente de Donetsk y Lugansk, ¿por qué entonces no nos limitamos a conceder a todos los que lo desearan el pasaporte ruso? Tenemos en Rusia un exceso de territorios baldíos que todavía no ha tocado la mano humana: que vengan los habitantes de Donbás, que vivan y trabajen junto a nosotros, hay espacio suficiente. ¿De qué utilidad nos serán los territorios ocupados de otro país? ¿Para qué? ¿Acaso tenemos poco territorio? ¿Cómo es posible que todos aquellos que querían vivir en Rusia no hayan obtenido aún el pasaporte ruso y no se hayan trasladado a vivir a nuestro país?